This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

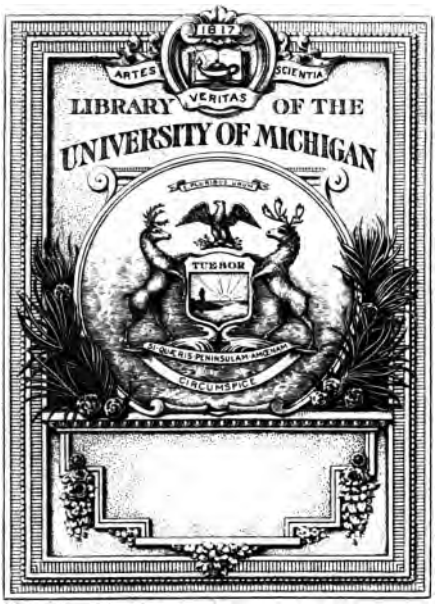
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ML
50
.A77
N68
1867

B 913,685



THE GIFT OF
Philip E. Bursley

LOS NOVIOS DE TERUEL.

OBRAS DE EUSEBIO BLASCO.

LA ANTIGUA ESPAÑOLA. .... Comedia en cuatro actos en prosa.
LA MUJER DE ULISES. (Segunda edicion.) ..... En un acto en verso.
LA TERTULIA DE CONFIANZA. En tres actos en verso.
LA CÓRTE DEL REY REUMA. Zarzuela en un acto en verso.
EL JÓVEN TELÉMACO. (Tercera edicion.)..... Zarzuela en dos actos en verso.
UN JÓVEN AUDAZ..... Juguete en un acto en verso.
EL AMOR CONSTIPADO. ..... En un acto en verso.
EL VECINO DE ENFRENTE.... En un acto en verso.
LA SUEGRA DEL DIABLO. ... Zarzuela en tres actos en verso.
PABLO Y VIRGINIA. ..... Zarzuela en dos actos en verso.
LOS NOVIOS DE TERUEL..... Zarzuela en dos actos en verso.
LOS CABALLEROS DE LA TORTUGA..... Zarzuela en tres actos en verso.

LIBROS.

LA MISERIA EN UN TOMO.
ARPEGIOS.
CUENTOS ALEGRES.
DEL SUIZO Á LA SUIZA.

Arrieta, Emilio, 1823-1894.

REPERTORIO DE LOS BUFOS MADRILEÑOS.

LOS NOVIOS DE TERUEL,

DRAMA LÍRICO-BURLESCO

EN DOS CUADROS, EN VERSO,

LETRA DE

EUSEBIO BLASCO,

MUSICA DEL

MAESTRO ARRIETA.

Representado por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro de los Bufos Madrileños (Circo), el 24 de Diciembre de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

70
77
63
367

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL NO SEGURA.....	STA. ALVAREZ.
UNA MOZA.....	STA. FONTFREDE.
DIEGO MARSILLA.....	SR. OREJON.
DON PEDRO SEGURA.....	SR. FUENTES.
DON MARTIN MARSILLA...	SR. CASTILLA.
EL NOVIO.....	SR. ARDERIUS.
UN MOZO.....	SR. CASTILLO.
OTRO.....	SR. MORALES.
BOTIJO.....	SR. ARVERAS.

Aldeanos, aldeanas, soldados, dueñas, guerreros, doncellas, convidados, viejos, etc., Coro general y acompañamiento.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Philip E. Burkey
(28-57)
5-11-93

AL MAESTRO ARRIETA.

Estaba yo enfermo, mal humorado, con un carrillo como una sandia; y tenia hecha promesa de escribir esta zarzuela para la Empresa de los Bufos. Avanzaba el tiempo, crecia mi pereza, se acercaban las Pascuas, y la Empresa me daba prisa. Usté se encargó de venir todas las mañanas á despertarme y á no separarse de mí sin haberme hecho escribir algo. Y así, entre bromas de usté, regaños mios, tazas de café, visitas de este y del otro y del de mas allá, con el cuarto lleno de gente, y la chimenea encendida, y las muelas irritadas y los pelos en los ojos, empecé á escribir un martes la zarzuela y la acabé el sábado. Usté se la guardó, usté hizo en seguida la música (muy bonita, como siempre), usté la llevó al teatro, usté la ensayó y usté se encargó de todo. El dia 24 se estrenó la obra y usté fué el primero que vino á decirme que habia obtenido un éxito extraordinario. Estaba yo en cama, y me puse bueno solo por complacerle á usté, que todo se lo merece. La obra debe llevar su nombre en la primera página, y yo se la dedico por gratitud, por cariño, por respeto, y por probarle una vez más que le quiero muy de veras.

Eusebio Blasco.

29 de Diciembre de 1867.

CUADRO PRIMERO.

Huerto en casa de Isabel. Á la derecha del espectador la casa, á la cual se sube por cuatro ó cinco escalones. Ventana practicable. Bancos en la escena y en diferentes lados. Tapia en el fondo y á la izquierda, que es donde está la puerta de entrada al huerto.

INTRODUCCION.—MUSICA.

VILLANOS y VILLANAS con guitarras y panderas invaden la escena. DIEGO entra con ellos y se sienta en un banco muy triste y meditabundo.

CORO. Entrad, muchachos,
vamos á ver
si á la ventana
sale Isabel,
y nos despediremos
hasta mas ver.
¡Isabel!
¡Isabel!

ISABEL. (Á la ventana.) ¿Quién es?
¿Quién es?

CORO. Son los mozos que van á la guerra
y la despedida te vienen á dar.

ISABEL. Buena suerte, soldados bisoños.

DIEGO. (Ap.) ¡Ay! qué me da.

CORO. Al aire las guitarras,
cantad, cantad!
ISABEL. ¡Bueno va!
DIEGO. ¡Ay!
CORO. ¡Bueno va!

—

Mañana me voy soldado
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazon, morena.
Vaya, vaya, vaya,
vaya, vaya, vaya,
qué bueno que fuera
que uno se marchara
que uno se marchara
y que no volviera.
No te digo nada,
no te digo nada
de lo que yo haria,
como tú me hicieras,
como tú me hicieras
una picardia.

—

Si en cuanto vuelva la espalda
me vas á dar que sentir,
cuando me case contigo
tú te acordarás de mí.
Mira que te pillo,
mira que te cojo,
y si te descuidas
te pongo en remojo.
Anda y á tu madre
corre ve y dile,
corre ve y dile,
que como te coja,
que como te coja,
pue que te espabile.

HABLADO.

UNO. Isabelica!
ISABEL. Qué ocurre?

UNO. ¿Ta gustao la jotica?
ISABEL. Sí.
UNO. De tí nos despidimos.
ISABEL. ¿Os vais?
UNO. Hoy á medio dia.
ISABEL. ¿Y á la guerra, eh?
UNO. Sí.
DIEGO. ¡Ay, Dios!
ISABEL. ¿Quién es ese que suspira?
UNO. Tu vecino.
ISABEL. Qué vecino?
UNO. ¿Quién ha é ser? Diego Marsilla!
ISABEL. ¡Ay!
(Se desmaya, queda con los brazos colgando por fuera de la ventana.)
UNA MOZA. ¡Sa desmayao!
VARIAS. ¡Isabel!
UNO. ¡Míala, míala, qué fachica!
OTRO. Sa desmayao por tí. (Á Diego.)
DIEGO. Pues lo mismo digo. (Se desmaya.)
UNO. ¡Atiza!
Tambien este!
BOTIJO. Ay, mi señor,
vuelve en tí, no nos aflijas.
UNO. ¡Mialo, mialo, cómo está!
VARIOS. ¡Pobrecillo!
VARIAS. (Mirando á Isabel.) ¡Pobrecita!
ISABEL. ¿Dónde estoy? (Volviendo en sí.)
UNO. En la ventana.
DIEGO. ¿Y yo? (Id. id.)
UNO. En el suelo!
DIEGO. Agonias
son estas de un pecho amante
que acaba de entrar en quinta.
MOZA. Isabel, estos zopencos
se van á la guerra, y fian
en que les seremos fieles;
vamos á ver, ¿tú que opinas?
ISABEL. Que si tardan en volver
se deben quedar per istam.
MOZA. Ya lo sabeis; ha llegado
el momento en que se afirma

la lealtad de las mujeres
que en vuestra vuelta confian.

MOZO. Vaya, pues fijar un plazo.

MOZA. Si dentro de quince dias
no habeis vuelto, buenas noches.

MOZO. Me paece á mí que estas chicas
nos van á dar pasaporte.

ISABEL. No harán tal.

MOZA. Y tú, qué harias?

DIEGO. (¡Ay!)

ISABEL. ¿Yo? ser fiel á mi amante
si queria y si podia.

MOZAS. (Á ellos.)
Pues os damos cuatro meses.

UNO. No hay más que hablar.

MOZAS. Daos prisa,
porque estas cosas de amor
son algo comprometidas.

MOZA. Testigo sea Isabel.

MOZO. Isabel, tú eres testiga!

ISABEL. Idos ya, y ánimo y suerte.

MOZO. Salú y pesetas, chiquilla!

MUSICA.

Vamos andando,
vamos allá,
y lo que fuere
ya sonará.
Y librenos de un trancazo
nuestra Vírgen del Pilar

(Mientras se marcha el coro, baja Isabel á la escena.)

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, ISABEL.

DIEGO. Alma del alma á quien vas
dulcemente aprisionando,
mujer que mia serás
sabe Dios cómo ni cuándo,

dí, mi vida; *¿cómo estás?*

ISABEL. Ser del ser que puede ser
que esté por tí haciendo el bú,
queriendo ser tu mujer
y dándotelo á entender
claramente, *¿bien, y tú?*

DIEGO. Desde ayer que no te miro
ni sosiego, ni respiro,
y en fuego mi alma se abrasa.
Anoche lancé un suspiro
que apagué el quinqué de casa.
Padezco mil amarguras,
de amores estoy enfermo,
y en mis tristes desventuras
quiero ver si tú me curas,
porque ni como ni duermo.
Que es mi pasion la pasion
de más fuerza y más afan
que tuvo mi corazon
desde que te vió al balcon
la mañana de San Juan.
Tu balcon da frente al mio,
y en él con cierto desvio
estabas, dueño tirano,
¡ay! desafiando al frio
con un gaban de verano.
Me miraste, te miré,
me volvistes á mirar,
y embobado me quedé,
y me dió yo no se qué;
¡ay! no me quiero acordar.
Y desde aquel mismo instante,
con pura pasion constante
vivo entre penas y enojos
al calor vivificante
de la lumbre de tus ojos.
Suspirando con furor
paso la noche y el dia
sumido en fiero dolor,
y á no suspirar, mi amor,
no se qué me pasaria.
Esta extraña terquedad

de suspirar que me acosa,
es en mí ya enfermedad,
y así, en mi debilidad
suspiro por cualquier cosa.
Suspiro si no te veo,
suspiro si mi deseo
de verte, miro logrado;
y suspiro cuando creo
¡ay! que por tí he suspirado.
En varios revueltos giros
suspiro estando en un potro
de amor á los fieros tiros,
y salgo un dia con otro
á mil doscientos suspiros.
Que al ver tu aspecto gentil,
fresca verbena de abril,
ayes exhalo cruentos,
cien y cien, que son doscientos,
mil y mil, que son dos mil.
Amarte puro y sincero
te juré aquella mañana
porque soy un caballero,
y te quiero porque quiero
y porque me da la gana.
Y mientras quede en mi ser
la más pequeña partícula,
juro que te he de querer,
y esclavo tuyo he de ser
en invierno y en canícula.
Que me he propuesto quererte
y mientras viva adorarte,
y en mi corazon tenerte
y á suspiros constiparte
y á quejas ¡ay! poseerte.
Y así ser tu esposo espero
dándote el oro y el moro,
repitiendo lastimero
ay! ay! ay! ay! que te quiero
y ay! ay! ay! ay! que te adoro!

ISABEL. Basta, Diego mio, ya,
que harto en tu pasion confio,
Diego mio, y si así va

mi alma, Diego mio, está
muy confusa, Diego mio.
Tú distes en suspirar?
Suspira, que no es desdoro;
yo llorando sin cesar
paso el dia, y lloro y lloro,
y no ceso de llorar.
Lloro si te tengo ausente,
lloro si cerca te tengo,
lloro en casa amargamente
y al salir lloro igualmente,
y lo mismo cuando vengo.
Y no sé lo que me da,
como tú estoy en un potro
y lloro por *terquedá*; [1]
y por esto y por lo otro
y por lo de más allá.
Tales son mis desconsuelos
y tanto mi llanto y tanto,
y tan amargos mis duelos,
que con mi copioso llanto
me lavo yo los pañuelos.
Lágrimas voy derramando
por mi perdido contento,
y en frascos las voy echando
y los frascos voy guardando
para un establecimiento.
Así los hay á escoger,
y hay lágrimas de placer
y lágrimas de pesar,
y tantas voy á verter,
que me voy á liquidar.
Y así si nos fuere mal
en la vida conyugal,
pondré este anuncio si quieres:
Al recurso de mujeres:
liquidacion general.
Todo esto puede probarte
si sé con firmeza amarte

---

1 Con permiso de ustedes.

y si ser constante sé,
¡ay! yo no puedo explicarte
lo que por tu amor pasé.
Desde el instante dichoso
en que me hicistes el oso,
noble galan y bizarro
fumándote aquel cigarro
de recuerdo doloroso,
mi alma en tu amor se extasía,
y ora madrugue ó trasnoche,
tú para mi fantasia
eres don Diego de dia,
y eres don Diego de noche.
No sea tu amor fingido,
adórame de verdad,
y que seas mi marido;
quiéreme, que te lo pido
con mucha necesidad.
Que yo en tanto conmovida,
llorando sin ton ni son,
te diré con voz herida...
(Llorando.) ¡te quiero más que á mi vida

DIEGO. y más que á mi corazon!

ISABEL. ¿Serás fiel?

DIEGO. Eternamente.

ISABEL. ¿Me adorarás?

DIEGO. Y tú á mí? Ciegamente.

ISABEL. Firme y constante te querré.

DIEGO. Pues yo anhelante te adoro.

ISABEL. Perfectamente.

ESCENA II.

DICHOS, D. PEDRO, en la ventana.

PEDRO. ¡Niña, vamos á almorzar!

ISABEL. Voy, papá.

DIEGO. Hasta luego.

ISABEL. Adios.

DIEGO. ¡Ay!
PEDRO. Ya está ese suspirando?
DIEGO. ¡Ay!
ISABEL. Sí señor.
DIEGO. Sí señor!
PEDRO. Hombre, pareces un fuelle.
DIEGO. Pues todo sea por Dios;
así sienten y así expresan
los hidalgos como yo.
Adios, hermosa Isabel,
niña de mi corazon,
no he de tardar diez minutos
en verte otra vez.
ISABEL. Ni yo.
DIEGO. Piensa en mí mientras almuerzas.
ISABEL. Piensa tú en mí, ángel de amor.
PEDRO. Que se enfrian los riñones!
muchacha, subes, ó no?
ISABEL y DIEGO. ¡Adios!
DIEGO. (¡Ay! ¡Qué hermosa es!)
ISABEL. (¡Qué guapo!)
DIEGO. (Suspirando.) ¡Ay!
ISABEL. ¡Adios!
DIEGO. ¡Adios!

ESCENA III.

DIEGO.

Amor, tu fiero rigor
voy sufriendo poco á poco,
¡ay! me estás volviendo loco
con tus rigores, amor.
Si este secreto dolor
que me atormenta no curas,
en mis tristes desventuras,
suspiraré sin cesar,
y á fuerza de suspirar
me voy á quedar á oscuras.

—

¡Ay! que esta mujer me trata
tan bien ¡ay! y con tal mimo,

que cuanto más ¡ay! la estimo,
más su recuerdo me mata.
Olvidarla es patarata,
no suspirar es morir,
así tengo que vivir
¡ay! y en vano me contengo,
¡ay! y por mi mal no tengo
¡ay! quien me ayude á sentir.

—

Vóyme á almorzar, que ya es hora,
y con tanto suspirar
se abren ganas de almorzar,
y ya el hambre me devora.
Adios, del alma señora,
en cuyo ojos me miro,
lanzar quiero en mi retiro,
si tu recuerdo me aqueja,
entre plato y plato queja,
y entre col y col suspiro.

—

ESCENA IV.

DIEGO, D. MARTIN.

MARTIN. ¡Jardin bello y sonriente!
como el alma se dilata
entre el cardo y la patata
que perfuman el ambiente!
DIEGO. (¡Mi padre!)
MARTIN. Yo bien sabia
que te habia de encontrar
en el discreto lugar
donde el corazon te guia.
DIEGO. Padre y señor; qué contento!
Venis...
MARTIN. No lo sabes ya?
Vengo á hablar con el papá
de tu adorado tormento.
DIEGO. Bendito seais mil veces.
MARTIN. Bendito tú mil y una.
DIEGO. Luego no hay ya duda alguna

de que Dios oye mis preces?
¿Luego me venis á dar
de pronto tal alegron?
padre de mi corazon!
¡ay! dejadme suspirar.
Que me parece mentira
que tan dichoso me mire,
¡ay! dejadme que suspire.

MARTIN. Suspira, bruto, suspira.
Tú lo quieres; bien, será,
te casaré prontamente,
pero tenlo muy presente,
lo que fuere sonará.
Noble soy; el discutirlo
fuera enojoso.

DIEGO. Lo sé.

MARTIN. Tengo honor y buena fe,
aunque me esté mal decirlo;
y en tu inextinguible amor
ese deseo obstinado,
me obliga á hacer un fregado
de los de marca mayor.

DIEGO. No os entiendo.

MARTIN. Hay tal afan
de casarte, majadero?
cómo querré, si te quiero,
que te pierdas, ganapan?

DIEGO. ¿Qué decis?

MARTIN. Que eches la llave
al corazon, ten sosiego;
mira que casarse, Diego,
es una cosa muy grave.
Piensa lo que vas á hacer,
piénsalo bien, desgraciado;
no es malo tomar estado,
si no tomar la mujer.
No es que disuadirte intente,
pues te veo muy resuelto,
pero piensa que el buey suelto
se lame perfectamente,
y que aunque mi voz te ataque
con razones...

DIEGO. Un momento.
Si no me caso, reviento
lo mismo que un triquitraque.
MARTIN. Basta, no me digas más.
DIEGO. No tengo más que decir.
MARTIN. Chico, si te has de morir
no hay caso; te casarás.
Dó está el padre de la bella
por quien tu pecho se abrasa?
DIEGO. Ahora le tiene usté en casa,
está almorzando con ella.
MARTIN. Vete, que yo á casa iré
y te diré el resultado.
DIEGO. ¡Casadme!
MARTIN. Por de contado.
DIEGO. ¡Ay! (Suspirando muy fuerte.)
MARTIN. ¡Achis! (Estornuda.)
¡Me has constipado,
zopenco! Vete!
DIEGO. Me iré.

ESCENA V.

D. MARTIN, despues ISABEL, en la ventana.

MARTIN. (Llamando con el aldabon.)
Ah de esta casa.
ISABEL. (Asomando.) Quién es?
MARTIN. Servidor.
ISABEL. ¿Un caballero?
MARTIN. Hasta cierto punto.
ISABEL. ¿Eh?
MARTIN. ¿Está visible don Pedro?
ISABEL. Voy á ver. (Se oculta.)
MARTIN. (¡Válgame Dios!
que me entretenga yo en esto!)
ISABEL. (Saliendo.) ¡Eh! me ha dicho mi papá
que no está en casa!
MARTIN. Me alegro.
ISABEL. Si quereis decir quién sois...
MARTIN. Sí; soy el padre de Diego
Marsilla.
ISABEL. ¡Ay! esperaos,

esperaos, caballero;
que ya ha venido mi padre.

MARTIN. ¡Hombre, bien!

ISABEL. Saldrá al momento.
Venis á hablar de mi boda
con vuestro hijo?

MARTIN. Á eso vengo.

ISABEL. ¡Qué placer!

MARTIN. (Miren la chica
cómo se relame!) Vuelvo!

ISABEL. Aguardaos, por favor,
voy á avisar á don Pedro.
(Mirando hácia adentro y volviendo á asomarse.)
Ya baja.

MARTIN. Sí, sí; ya baja.

ISABEL. ¡Eh! qué decis?

MARTIN. Que lo creo.

ISABEL. Habladle al alma.

MARTIN. Hija mia,
harto haré de hablarle al cuerpo.

ISABEL. Y si acaso os dirigiera
frases duras...

MARTIN. Nos veremos.

ISABEL. No hagais caso; hoy le han traido
de fuera un vino muy bueno...

MARTIN. Vaya, pues no digas más.

ISABEL. Hasta despues, caballero.

MARTIN. Adios, hija.

ISABEL. Qué placer!

MARTIN. Eh?

ISABEL. Qué os conserveis tan bueno.

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Vaya, pues tendria gracia
que bajo cualquier pretexto
como el de haber empinado
pagara yo sus excesos.
Yo comprendo que en tal caso,
y más entre caballeros,

se deslicen palabrillas
como «mal hombre,» «embustero,»
«gran tunante,» «so bribon;»
pero insultarse... está feo!

ESCENA VII.

D. MARTIN, D. PEDRO.

PEDRO. ¡Brrr! (Soplando como si estuviera harto.)
MARTIN. (¡Qué interesante viene!)
PEDRO. Hola, amigo; qué tenemos?
(Viene muy despacio, con los ojos medio cerrados y las manos en los bolsillos. Se sienta.)
MARTIN. Don Pedro, tengo que hablaros,
tengo que hablaros, don Pedro.
Prestadme atencion un poco,
que voy á hablar.
PEDRO. (Casi sin hacer caso y arrellanándose.)
Bueno, bueno.
MARTIN. ¿Me conoceis?
PEDRO. Sí, hombre, sí.
MARTIN. En ese caso comienzo.
(Á medida que habla D. Martin, D. Pedro va dando cabezadas y se queda dormido.)
Yo soy don Martin Marsilla,
muy cumplido caballero,
muy conocido en mi casa,
muy querido en este pueblo,
hombre de buenas palabras
y de muy poco dinero.
Soy viudo, y me alegro mucho;
soy sesenton, y lo siento,
porque esto de ser anciano
tiene sus más y sus ménos.
Tengo un hijo (y me parece
que estoy muy en mi derecho),
y este hijo que tengo yo
se llama, con perdon, Diego.
Vos sois don Pedro Segura,
noble cual todos sabemos,
honesto hasta cierto punto

y en cierto modo perfecto.
Sois viudo, y haceis muy bien,
sois mi vecino, y me alegro,
y á más teneis una hija
que dicen que es un portento;
yo no sé si es guapa ó fea,
que ya no estoy para eso,
lo que sé de buena tinta
y sobre ello á hablaros vengo,
es que con la vecindad
los niños se conocieron,
que Diego quiere á Isabel
y que Isabel quiere á Diego.
Vos lo sabeis, yo lo sé,
y pues los dos lo sabemos,
cásense si estais conforme,
y en paz y todos contentos.
Respondedme lealmente,
vuestra decision espero.

PEDRO. ¡Grrrrr! (Roncando.)

MARTIN. ¡Qué barbaridad!
si está lo mismo que un leño!
tal desaire á mi discurso,
y lo he estado aprendiendo
cerca de un mes!

PEDRO. (Roncando.) ¡Grrr!

MARTIN. Caramba!
¡Don Pedro!

PEDRO. ¡Grrr!

MARTIN. (Gritando.) ¡Don Pedro!

PEDRO. Qué ocurre?

MARTIN. Vaya, me gusta.

PEDRO. Y qué es eso, hombre, que es eso?

MARTIN. Que sois lo más incivil
que he conocido.

PEDRO. Me alegro.

MARTIN. Voto á tal, á mí con esas;
tal desaire á un caballero
que gasta botas de ante?

PEDRO. Pues gastarlas de becerro.

MARTIN. Vos sois algun paniaguado
de los que...

PEDRO. (Levantándose furioso.) Cómo, que es eso?
Ahora sí que ya no sufro
ni un instante más, dicterios.
Yo paniaguado, gran Dios,
¿yo paniaguado, y no pruebo
el agua hace catorce años?
¡Paniaguado! vive el cielo,
saca la espada!

MARTIN. ¡Sí haré!

PEDRO. ¡Sácala pronto, anda presto!

MARTIN. Defiéndete. (Sacando la espada.)

PEDRO. ¡Te divido! (Riñen.)

MARTIN. ¡Lo veremos!

PEDRO. ¡Lo veremos!

PEDRO. ¡Ah infame! yo paniaguado!

MARTIN. ¡Sí, lo digo y lo sostengo!

PEDRO. ¡Vil!

MARTIN. ¡Dormirse cuando yo hablo!

PEDRO. ¡Me dió la gana!

MARTIN. ¡Grosero!

(Parándose de pronto, y con mucha naturalidad, le dice á D. Martin.)

PEDRO. Hombre, y qué hay de la cosecha?

MARTIN. Nada, que sigue el buen tiempo
y hace falta agua, mucha agua.

PEDRO. ¿Agua, infame? (Furioso.)

MARTIN. Sí por cierto.

PEDRO. ¿Agua? Tú quieres matarme
á disgustos! (Arremetiéndole.)

MARTIN. (Riñendo ya.) ¡Quieto!

PEDRO. ¿Quieto?
Te voy á hacer mil pedazos!

MARTIN. ¡Allá voy! (Tirándole una estocada.)

PEDRO. ¡Anda!

MARTIN. ¡Con tiento!

PEDRO. Cómo te defiendes.

(Hablan hasta cesar de reñir con mucha tranquilidad y como si nada estuvieran haciendo.)

MARTIN. Claro,
pues no, que me estaré quieto.

PEDRO. Don Martin, me habeis faltado.

MARTIN. Vos me faltasteis, don Pedro.

PEDRO. Hombre, el roncar no es deshonra.
MARTIN. No es deshonra, ya lo creo,
pero es groseria.
PEDRO. ¿Sí?
no habia yo dado en ello.
MARTIN. Más vale que confeseis
vuestro error.
PEDRO. Pues lo confieso.
MARTIN. Con que... ¿vamos á dejarlo?
PEDRO. Vamos á dejarlo.
MARTIN. Bueno.
(Cesan de reñir y envainan las espadas con gran tranquilidad.)
PEDRO. Se acabó.
MARTIN. Vamos al caso.
PEDRO. Qué me deciais?
MARTIN. Que Diego
é Isabel se quieren mucho.
PEDRO. Sí, ya sé, ya sé algo de eso.
MARTIN. ¿Quereis que se casen?
PEDRO. Hombre,
eso es grave.
MARTIN. Ya lo veo.
PEDRO. Yo no tengo inconveniente...
Ó mejor dicho, lo tengo...
es decir... ¿me dejais dar
dos cabezaditas?
MARTIN. Cuerno!
vais á volver á dormir?
PEDRO. No, hombre, no. (Aburrido.)
MARTIN. ¡Señor don Pedro!
PEDRO. Señor don Martin, amigo,
acabemos.
MARTIN. Acabemos.
PEDRO. Mi hija no puede casarse
con vuestro querido Diego.
Yo soy noble.
MARTIN. Y yo tambien.
PEDRO. Mi hija es buena.
MARTIN. Mi hijo es bueno!
PEDRO. Y yo me llamo Segura!
MARTIN. Á Segura llevan preso!

PEDRO. Si no me dejais hablar
cuanto yo quiera, me duermo.
MARTIN. Acabad pues.
PEDRO. Pues acabo!
Yo tengo mucho dinero
y vos no teneis un cuarto.
MARTIN. Bastante desgracia tengo.
PEDRO. Por consiguiente, la niña
no se casará con Diego,
mientras Diego no procure
ahorrar algunos cuartejos.
MARTIN. ¡Bien! Esas duras palabras
se me han clavado en el pecho,
mi hijo esposará á Isabel.
PEDRO. ¿Con dinero?
MARTIN. Con dinero,
porque él es muy digno de ella.
PEDRO. Eso sí que no lo niego.
MARTIN. Y es honrado, muy honrado.
PEDRO. Pues que le haga buen provecho.
MARTIN. Y en cuanto á guapo... hijo mio,
y basta.
PEDRO. Sois muy modesto.
MARTIN. Y...
PEDRO. Por Dios y por los santos,
que de tal cosa no hablemos.
Ya he dicho cuanto pensaba,
y ya sabeis lo que pienso,
esta es mi resolucion.
y así ha de ser, y *laus deo.*
Que los hombres como yo
no hacen nada sin concierto,
y la igualdad de fortunas...
y de cuna... y nacimiento...
dan al porvenir ventajas...
que... ¡cuidado que sois feo!
MARTIN. Vecino, basta de insultos!

ESCENA VIII.

DICHOS y DIEGO.

DIEGO. Basta, que todo lo oí
y me está hirviendo la sangre
y no puedo resistir
al deseo de deciros
que habeis estado ambos muy,
muy, muy, muy inconvenientes
en el modo de decir;
lo que importaba saber,
era si me permitis
casarme tarde ó temprano
con vuestra hija.

PEDRO. Hombre, sí.

DIEGO. Lo demas es cuenta mia.
¡Ay! me habeis hecho feliz,
¡ay! qué alegria ¡ay! qué gozo.

MARTIN. Mira, si empiezas así,
vete.

DIEGO. (Á D. Pedro.) Dejad que os abrace.
y os dé un apreton... febril.
(Le abraza.)

PEDRO. ¡Por Dios, hombre! (Desasiéndose.)
(Abrazando á D. Martin.) Y vos, dejadme
que os de un abrazo!

MARTIN. (Desasiéndose.) Ay de mí!

DIEGO. (Abrazando á D. Pedro.)
Y á vos, que sereis mi padre!
(Id. á D. Martin.)
Y á vos, padre don Martin!
(Id. á D. Pedro.)
Y á vos otra vez, don Pedro!
(Id. á D. Martin.)
Y á vos otra, y mil y mil!
Y otra á vos!
(D. Pedro, al ver que le va á abrazar otra vez, echa á correr y se coloca detrás de un árbol.)

PEDRO. ¡No quiero más!

DIEGO. Y otro á vos... (Á Don Martin.)

(D. Martin echa tambien á correr y se coloca detrás de otro árbol en frente de D. Pedro.)

MARTIN. Quita de ahí.
DIEGO. No me dejais el consuelo
de la...
MARTIN. (Detrás del árbol.) Mira, chiquìtin,
echa un par de suspiritos
y te desahogas así.
DIEGO. ¡Ay! que al cabo he conseguido...
PEDRO. ¡Quieto!
DIEGO. No temais, venid.
PEDRO. ¡No vale abrazar!
DIEGO. No vale.
Pero escuchad, pesiamí.
(Bajan D. Pedro y D. Martin á la escena.)
Yo amo á Isabel ¡ay! la amo,
y puesto que vos decis
que me la dais por esposa
si hago cuartos por ahí,
dentro de media hora justa
parto de Teruel.
MARTIN. Malsin,
y adónde vas?
DIEGO. Á la guerra,
hoy salen juntos de aquí
soldados ¡ay! muy dispuestos
á fiera y sangrienta lid,
parto con ellos á ver
si trayendo un buen botin...
PEDRO. ¿Uno solo? hombre, trae dos;
que es lo que se usa.
MARTIN. Hombre, sí.
DIEGO. Parto de aquí á media hora,
acaso tarde en venir
y á Isabel querais casar.
PEDRO. Puede ser.
DIEGO. Pues bien, decid:
¿me aguardareis?
MARTIN. Dadle un plazo.
DIEGO. Eso es mejor.
PEDRO. Sea así.
(Sale Isabel á la ventana.)

Si de aquí á veintisiete años
no has vuelto acá, *c'est fini.*
(Se retira Isabel de la ventana.)

DIEGO. Corriente, muy poco es...
MARTIN. Eso me parece á mí.
PEDRO. Despídete de la chica.
DIEGO. ¡Ay! que me voy á morir.
¡Isabel!
ISABEL. Diego del alma!

ESCENA IX.

DICHOS, ISABEL.

DIEGO. Considérate feliz.
Nos permiten ser esposos;
mira tú si es permitir.
ISABEL. ¡Gracias! (Á D. Martin.)
DIEGO. (Á D. Pedro.) ¡Gracias!
MARTIN. (Á D. Pedro.) Gracias!
PEDRO. (Á D. Martin.) ¡Gracias!
ISABEL y DIEGO. ¡Esposos!
MARTIN y PEDRO. ¡Esposos!
LOS CUATRO. ¡¡Sí!!

MUSICA.

ISABEL. Conque por fin mi calma y mi sosiego
vais á lograr casándome con Diego?
PEDRO. Sí, palomita mia,
ya todo se logró, cuánta alegria!
MARTIN. Mi bendicion os mando.
LOS CUATRO. Venga.
(D. Martin los bendice.)
TODOS. Vamos andando.
DIEGO. Cesó nuestra amargura.
ISABEL. ¡Amor! ¡Felicidad! Gozo! Ventura!
Quiero cantar ahora
que tengo gana,
por si acaso me toca
llorar mañana.
Ay Diego, Diego,

la mujer es estopa
y el hombre fuego.

LOS CUATRO. Ay Diego, Diego,
la mujer es estopa
y el hombre fuego.

ISABEL. Al amor representan
chiquirritito,
porque se estila ahora
querer poquito.
Ay Diego, Diego,
yo soy tu borreguita
tú mi borrego.

LOS CUATRO. Ay Diego, Diego,
ella es la borreguita
tú su borrego.

DIEGO. Tu alegria me entristece
pues te tengo que dejar.

ISABEL. Que me dejas?

DIEGO. Que te dejo!

ISABEL. ¡Qué! te marchas?

PEDRO y MARTIN. Que se va.
Ay que se va!
Ay que se va!

ISABEL. Adónde?

PEDRO y MARTIN. Á la guerra.

ISABEL. Cuándo volverá?

LOS CUATRO. Mambrú se fué á la guerra
no sé cuando vendrá,
si será por la Pascua
ó por la Navidad.
Mambrú se fué á la guerra
mirondon, mirondon, mirondela,
no sé cuando vendrá,
si vendrá por la Pascua
ó por la Navidad.

HABLADO.

Hágase esta escena rapidísima.

DIEGO. Adios, mi vida,

no me despido,
volveré pronto,
pronto, prontito,
voy á ponerme
todo el equipo.

ISABEL. Vuelve y no tardes,
anda, amor mio.

DIEGO. Adios, pimpollo.

ISABEL. Adios, cariño.

DIEGO. Adios, señores.

PEDRO. Adios, chiquito.

MARTIN. Adios, no tardes!

PEDRO y MARTIN. Abur, amigo!

DIEGO. Adios el huerto
y adios los nidos,
adios las flores,
adios los tilos,
adios claveles,
adios pepinos!
¡ay! cuántos ayes
cuántos suspiros,
y cuántas quejas
y cuántos gritos
habré lanzado
cabe los lindos
frescos senderos
del huertecico;
¡ay! cuántas penas
¡ay! cuánto pio
¡ay! qué delicias!
¡ay! qué raticos!

MARTIN, ISABEL y PEDRO.
¡Ay! que monadas!
¡ay! qué bonito!

MARTIN. Mientras él vuelve
voy al sotillo.
Ya te hemos dado (Á Isabel.)
nuestro permiso,
ya eres dichosa,
tienes marido,
yo lo celebro
porque ese chico

tiene virtudes
y tiene brios;
vuelvo en seguida,
pronto, prontito.
Adios, mi encanto,
adios, vecino,
adios, señores.

ISABEL, DIEGO y PEDRO.
¡Abur, amigo!

PEDRO.
Yo aprovechando
tan buen clarito
voy á enterarme
de aquel vinillo
que esta mañana
nos han traido;
vuelvo en seguida,
pronto, prontito,
volveré alegre
y alumbradillo.
Conque hasta luego,
con el permiso,
adios, chiquita,
y adios chiquito,
y adios consuegro...

LOS CUATRO.
Y adios, vecinos,
y hasta muy pronto
y abur, Perico!

ESCENA X.

ISABEL.

¡Oh, sí! me caso con Diego,
me caso con Diego, sí,
y tendré paz y sosiego,
y otras mil cosas así.
Mujer que llega á jamona
y no se ha casado ya,
¡ay! ni es mujer, ni persona,
ni chicha, ni limoná!
Por eso de boda en pos,
mi vida paradisiaca

la pasé diciendo á Dios:
casaca, señor, casaca!
Y hoy que logro mi contento
y despues de tanto susto,
estoy que á no andar con tiento
me voy á morir de gusto,
Mientras vuelve él de la gresca
yo á solas repetiré:
¡Ay amor! algo se pesca;
pesqué, Dios mio, pesqué!

ESCENA XI.

ISABEL, UNA MOZA.

MOZA. ¡Ay que se van!
ISABEL. ¿Quién?
MOZA. ¡Los mozos!
¡Y tu Diego!
ISABEL. Ya lo sé.
¡Ay!
MOZA. Desmáyate si quieres.
(Ofreciéndele apoyo.)
ISABEL. ¡Ay! (Se desmaya sobre la Moza.)
MOZA. ¡Vuelve en tí!
ISABEL. Voy.
(Vuelve en sí)
MOZA. Eso es.
¿Oyes?
(Suena un tambor lejano,)
ISABEL. Que no se despidan
á la francesa.
MOZA. No á fe.
Ahí vienen mozos y mozas.
Pasad!
ISABEL. Entrad.
MOZA. Calmaté.
ISABEL. Ya me voy tranquilizando.
MOZA. Eso es lo que es menester.
(Entran las Mozas muy desconsoladas. Dentro se deba oir mucha bulla y ruido de tambores)

ESCENA XII.

ISABEL, DIEGO, PEDRO, MARTIN, CORO GENERAL.

MUSICA.

CORO DE MUJERES.
Ay, Isabel, Isabel, Isabel.
Ay qué dolor, qué dolor, qué dolor,
ya, bien lo ves, bien lo ves, bien lo ves.
suena el tambor, el tambor, el tambor.

ISABEL. Van á dejarnos.
CORO. Ay qué pesar.
ISABEL. Pero todavia
no hay que desmayar.
Dentro de veintisiete años
ellos volverán.
CORO. Ay qué arrugaditas
nos encontrarán.
ISABEL. Ahí estan.
CORO. Ahí estan.
DIEGO. Al combate apercibidos
dando pruebas de valor
marcharemos decididos,
sí señor.
TODOS. Marcharemos decididos,
sí señor.
ISABEL. Vuelve pronto, dueño amado,
á los brazos de tu amor,
tengo el pecho desolado,
sí señor.
CORO DE MUJERES.
Tengo el pecho desolado,
sí señor.
PEDRO y MARTIN.
Estos bravos campeones
dando pruebas de valor
tiemblan en las ocasiones,
sí señor.
CORO. Hace un miedo de mi flor,
sí señor.
(Suena la campana.)

DIEGO. La hora funesta!
adios, adios!

CORO DE HOMBRES.
Llegó la de vámonos,
adios, adios.

ISABEL. ¡Ay! me ataco de los nervios.

DIEGO. Y yo.

CORO. Y yo.

DIEGO. En marcha, valientes!
(Redoble de tambor.)

CORO. ¡Ay! que me dió.

TODOS. Ay, ay, ay, que me da un arrechucho.
Ay, ay, ay, que me falta el valor.
Ay, ay, ay, que me saltan los nervios.
Sostenedme, tenedme por Dios.

MARTIN. ¡Un cirujano!

PEDRO. ¡Un sangrador!
(Clarines y tambores)

CORO. ¡El enemigo!
¡Desolacion!
(Deben cantar todos los personajes temblando cómicamente y como si tuvieran ataque de nervios. Isabel y Diego desmayados uno sobre otro. Cuadro.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Decoracion de campo. Al levantarse el telon deben oirse trompas guerreras. Poco á poco, y al compás de la música, van entrando Diego y los guerreros. Los guerreros deben ser los mozos del cuadro primero, pero muy viejos, Diego y Botijo tambien muy viejos, Todos vienen cargados de laureles.

INTRODUCCION.

CORO. Despues de tantos años
de lucha y de jaleo,
por fin la patria veo,
por fin, por fin, por fin.
Curtido en las batallas,
molido á garrotazos,
el premio hallaré en brazos
de un bello serafin.
Con este aspecto
que llevaremos,
bien les podemos
hacer tilin.

DIEGO. Soldados valerosos,
valientes campeones,
¡qué gratas emociones
os deben esperar!
Despues de tantos años
de zurras soberanas,

las niñas teruelanas
el premio os van á dar
Volveis viejos y feos,
esto es verdad,
pero traeis laureles
en cantidad,
y al par que de gloria
de guisado servirán.

CORO. Pues es verdad,
pues es verdad,
vamos á la patria,
vamos allá.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, los GUERREROS, BOTIJO.

DIEGO. Veintisiete años justos han pasado,
¡todo el tiempo lo arrasa!
buenos, buenos, ¡ay Dios! hemos quedado,
el ménos averiado
arrugadito está como una pasa.
Ya llegó, valerosos ¡ay! guerreros
el venturoso instante
de entrar en la ciudad en donde veros
esperarán haciendo ¡ay Dios! pucheros
vuestras amadas con deseo amante.
Habeis en todo género de liza
luchado, y en batalla encarnizada,
y os han dado tambien cada paliza
que os han puesto la piel tornasolada.
Comisteis muchas veces
de una vez para toda la semana
un cuarteron de nueces
y agua fresca, que dicen que es muy sana.
Y en mil y mil apuros
con que la suerte os atajaba el paso,
y en mil ¡ay! trances duros,
y en tanto y en tantísimo fracaso,
todo lo habeis sufrido,
porque hoy podeis decir al mundo entero,

muy mal nos habrá ido
pero volver habremos conseguido
viejos, feos, sin ropa y sin dinero.
Id á la patria; acaso allí os esperan
vuestras novias en llanto ¡ay! anegadas,
y si acaso casadas estuvieran...

CORO. ¿Eh?

DIECO. (Me parece á mí que estan casadas.)

CORO. ¡Casadas!

DIEGO. Id, que el tiempo se malgasta.

CORO. ¡Casaaadas!

DIEGO. Id allá, con verlas basta.

ESCENA II.

DIEGO, BOTIJO.

DIEGO. ¡Ay!

BOTIJO. ¿Suspiraste, señor?

DIEGO. ¡Ay, sí!

BOTIJO. ¡Qué cosa tan rara!

DIEGO. No te asombres, no, Botijo;
que las cosas que me pasan
son gordas, ¿oyes? muy gordas.

BOTIJO. ¿Pues qué te sucede? habla.

DIEGO. Vuelvo al cabo de treinta años
á la cuna idolatrada,
y por ver al bien que adoro
estoy impaciente, en ascuas:
hoy se cumple el breve plazo
que su padre me otorgaba
para que á Teruel volviera
y con ella me casara.
Faltan catorce minutos.
(Mirando el reloj.)

BOTIJO. Solo catorce? pues anda,
corre, corre, vuela, vuela;
llega, llega, escapa, escapa;
pronto, pronto, presto, presto!

DIEGO. Para, para, para, para!
Que más mis penas aumentas
y más mis males agravas,
y más mis duelos extiendes,

y más mis iras exaltas,
y más mi daño acrecientas,
y más mi temor agrandas,
y más mi dolor enconas,
y más mis dias acabas,
y más mi cólera excitas,
y más mi pecho traspasas,
y más el alma me afliges,
y más me robas la calma,
y más mi deseo aguijas,
y más el puñal me clavas,
y más y más me apabullas,
y más más más más me matas!

BOTIJO. Y qué más?

DIEGO. Pues no comprendes,
cara de peseta falsa,
que á poder correr, corriera,
y al poder llegar, llegara?
No comprendes que el quedarme
en esta selva endiablada,
tiene que ser porque tengo
algo que los pies me clava?

BOTIJO. ¿Qué es ello?

DIEGO. Un dolor de estómago
que si me sigue me mata,
pues no puedo dar un paso
y el dolor no se me pasa.

BOTIJO. Eso, señor, solo es hambre.

DIEGO. ¡Ay!

BOTIJO. ¿Suspiras?

DIEGO. No, caramba,
que me quejo.

BOTIJO. Aguarda un poco.

DIEGO. ¿Qué intentas hacer?

BOTIJO. Aguarda.
(Saca de la alforja una bota de vino.)
Bebe, y suspira despues.
(Despues de beber un gran trago.)

DIEGO. ¡Aaaah!

BOTIJO. ¿Qué tal?

DIEGO. ¡Hombre, se calma!
(Vuelve á beber otro gran trago.)

BOTIJO. Vamos á Teruel, señor,
que allí te espera tu dama,
y aun es tiempo de que llegues
y des una campanada.

DIEGO. Vamos sin demora; vamos
¡ay! y que diga la fama
que ó soy ó no soy amante
de los que tienen constancia.
¡Ay!

BOTIJO. (Tapándole la boca.) No suspires aun.
Tiempo habrá.

DIEGO. Pues ea, en marcha.

MUTACION.

Salon en casa de Isabel de Segura. Se oye música religiosa dentro. Salen muchas dueñas y se colocan en fila en el proscenio.

MUSICA.

ESCENA III.

CORO.

Sepan cuantos saberlo quisieren
que Isabel de Segura casó
con un noble, segun se asegura,
bonachon, bonachon, bonachon.
Ella se ha casado
y nosotras no,
áliqui chupatur...
(Sorbiendo un polvo.)
y vaya por Dios!

—

Para cada mujer que se casa
quedan cuatro ó seis mil por casar,
este mundo está mal repartido,
yo no se donde voy á parar.
La que pesca, pesca,
y es lo que hay que ver,

dliqui chupatur...
(Sorben otro polvo.)
qué le hemos de hacer?

—

Pasemos la vida,
pasémosla así,
dia llegará...
vamos al decir..,
¡Ay quien se casara
para ser feliz,
y tener la dicha
de tener... achis!!
(Estornudo general.)

ESCENA IV.

ISABEL, D. PEDRO, el NOVIO, CORO GENERAL. [1]

CORO. Salud á la novia,
que viva años mil,
requiescat in pace,
comience el festin.

ISABEL. Padre del alma mia,
ya estoy casada,
cuidado que hemos hecho
buena empanada!
cuando mi Diego llegue
¿qué le diré?

PEDRO. Le dices que se vuelva,
que no hay de qué.

ISABEL. Válgame Dios qué cosas
que tiene usté.

CORO. Válgame Dios qué cosas
que tiene usté.

PEDRO. (Al novio.)
Caballero, mi niña se ha casado

---

1 Isabel, D. Pedro y el coro, todos deben ser muy viejos. Isabel y las mujeres deben vestir de blanco con coronas de azahar.

porque su novio tardaba en volver.

NOVIO. Bien.

PEDRO. Como no viene os la he entregado
porque la niña soltera no esté.

NOVIO. Bien.

PEDRO. Si ella no os quiere, tened paciencia,
y si os araña, calma tened.

NOVIO. Bien.

PEDRO. Si el novio viene y os rompe un hueso,
callad tambien.

NOVIO. Bien.

PEDRO. (Al Coro)
Este es el novio, muy buen sujeto.

CORO. Muy bien, muy bien.

PEDRO. Y ahora celebremos
la boda si os parece,
cantemos y bailemos
y que el jaleo empiece.

CORO. Cantad, don Pedro.

PEDRO. ¡Sí que lo haré!
Arza, pilili!

NOVIO. Bien, bien, bien, bien.

PEDRO. No hay mujeres mas bonitas
que las turcas para mí,
porque las cojo á docenas
y no me dan que sentir.
Solo por eso
son mi embeleso
y ellas me animan,
y ellas me miman,
y por ellas me vuelvo mimoso,
mimosin, mimosin, mimosin.

CORO. Pues es lo que hay que ser,
pues es lo que hay que ser,
mimoso con las niñas
á más no poder.

NOVIO. Bien,
bien.

PEDRO. Viejecito, viejecito,
viejecito como estoy,
me gusta un cuerpo bonito
y á donde me llaman voy.

Que hay unas chicas,
Jesus, qué ricas,
loco me vuelven
y me revuelven,
y por ellas me vuelvo mimoso,
mimosin, mimosin, mimosin.

CORO. Pues es lo que hay que ser,
pues es lo que hay que ser,
mimosos, mimositos
á más no poder.

NOVIO. ¡Bien!

TODOS. ¡Bien!

HABLADO.

D. Pedro está borracho, y habla como tal.

PEDRO. Señores, en este instante
de júbilo y alegria
en que esta jóven amante
en su dicha se extasia,
dejémosla en su profundo
bienestar correr en pos,
aquí sobra todo el mundo,
vayan ustedes con Dios.

UNO. ¿Quiere eso decir tal vez
que *esfilemos*?

PEDRO. Sí señor.
Hablo yo en ruso?

UNO. Pardiez,
pus explicaos mejor.

ESCENA V.

ISABEL, D. PEDRO, el NOVIO.

PEDRO. Novios felices... dichosos...
que tal ventura lograis...
enamorados esposos...
hasta luego; ahí os quedais.
(Al Novio.)

Os he dado una mujer
muy buena y muy hacendosa,
tiene el vicio de comer
de una manera horrorosa,
pero es muy hacendosita...
Jé! jé! y muy aprovechada...
y yo estoy como una uvita...
¿ha visto usté qué monada?
El amor... y la mujer...
y el hombre... y el matrimonio...
¡grrr! no me puedo tener!
ha visto usté qué demonio?

ISABEL. Padre...

PEDRO. Quítate de ahí...
escucha grave y formal
las sentencias que aprendí
de la más sana moral.
El hombre que bien discurre
se casa, y nada repara...
pero hombre... ¿á quién se le ocurre
venirse con esa cara?
¡Jí, jí, jí! qué guapo eres!

ISABEL. Pero, padre...

PEDRO. (Á Isabel.) Calla, zote!
(Al Novio.)
¿Te flechan muchas mujeres?
¡Me alegro! Adios, hermosote!
Diviértete... y... gasta poco!
guasa, guasa, mucha guasa!
Ji, ji! si estoy medio loco!
vaya, expresiones en casa! (Se va.)

ESCENA VI.

ISABEL, el NOVIO.

ISABEL. Caballero, habeis logrado
que fuera vuestra mujer,
porque mi novio no vuelve
ni nadie ha sabido de él;
pero vivid persuadido
de que no os puedo querer,

porque me sois antipático,
muy antipático.

NOVIO. Bien.

ISABEL. Vuestra eterna palabrilla
me irrita, y vos lo sabeis,
cuanto más os miro cerca
ménos os puedo entender.
Qué especie de hombre sois vos
que á todo decis amen
y os estais hecho un zanguango
mudo como la pared?
No podemos comprendernos,
no sois comprensible.

NOVIO. Bien.

ISABEL. Oidme: yo amaba á Diego,
le amaba, y solo por él
olvidé cuanto se olvida
cuando se sabe querer.
Él me queria muchísimo
y yo soñaba con él;
como me queria tanto...
una mañana se fué.
Volveré á verte, me dijo,
volveré á verte, mi eden;
y en efecto, no ha venido,
pero yo tengo muy fiel
el corazon, y me dice:
espera, niña, y ten fe;
pronto vendrá el bien que adoras,
muy pronto le vas á ver.
Si viene, triste de vos,
suspirando me vereis,
presenciareis cómo sufro
por ser vuestra y no ser de él,
y agravándose mis penas,
cuando sea menester
lo pasareis mal, mal, mal!
yo os lo juro.

NOVIO. Bien, bien, bien..

ESCENA VII.

DICHOS, D. MARTIN.

MARTIN. ¡Ay!
ISABEL. Don Martin.
MARTIN. ¡Ay! vecino!
ISABEL. Qué pasa.
MARTIN. Adios criatura.
¡Vecino!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. PEDRO.

PEDRO. ¡Qué hay!
MARTIN. ¡Qué tortura!
¡Agua!
PEDRO. No; mejor es vino!
MARTIN. Se armó la gorda.
PEDRO, ISABEL y el NOVIO. ¡Socorro!
MARTIN. ¡No! no griteis... agua... ¡um!
Se hundió el mundo... ¡cataplum!
Corre y ocúltate!
PEDRO. Corro!
MARTIN. No; la niña y el galan!
ISABEL. Pero tened más sosiego...
PEDRO. ¡Qué pasa!
MARTIN. ¡Que ahí está Diego!
LOS CUATRO. ¡¡¡Ay!!!
(Se quedan los cuatro formando un peloton, y espalda con espalda. Pausa.)
NOVIO. ¡Bien!
ISABEL. ¡Ay! qué extraño afan!
(Pausa larga.)
PEDRO. Diga usté, y nos romperá algo?
(Con tranquilidad.)
ISABEL. Ha dicho algo para mí?
MARTIN. Le he visto venir aquí
y corria como un galgo.

DIEGO. (Dentro.) ¡Ayyy!
(Este suspiro debe ser un alarido.)
PÉDRO. ¡Canastos!
MARTIN. ¡Ahí es nada!
NOVIO. ¡Bien! (Echando á correr.)
ISABEL. (Yendo corriendo al tocador.)
¿Qué le diré cuando entre?
Hagamos porque me encuentre
decentíta y revocada.
(Se da con polvos de arroz con una borla.)

ESCENA IX.

ISABEL, DIEGO.

Diego entra precipitadamente por la ventana y al saltar, se cae de hocicos.

DIEGO. ¡Ay! Ay! Ay!
ISABEL. Diego!
DIEGO. ¡Ay!
ISABEL. Arriba.
(Le ayuda á levantarse.)
DIEGO. ¡Isabel idolatrada!
¿Estás buena?
ISABEL. Sí.
DIEGO. Estás viva?
ISABEL. Ay! sí.
DIEGO. Deja que perciba
la fuerza de tu mirada.
Mírame, voy á estudiar
si hubo en tu pecho doblez,
mírame sin descansar.
Ahora, vuélveme á mirar,
ahora, mírame otra vez.
Basta, divina mujer.
Ya veo que en tu querer
no habido engaño ni mengua.
¡Ay!
ISABEL. ¿Qué es eso?
DIEGO. Qué ha de ser,
que me he mordido la lengua.

Oh, mujer idolatrada!
Por fin de tu amor en pos
vengo; te encuentro arrugada,
pero eso no importa nada,
de ménos nos hizo Dios.
Pensando en tí me marché,
pensando en tí peleé,
y pensando en tí vencí,
vuelvo aquí pensando en tí,
mira tú si pensaré.
Suspirando y suspirando
he ido ¡ay Dios! soportando
mi duro destino fiero,
y me encuentro hecho un guerrero
sin saber cómo ni cuándo.
El mundo se ha consternado
al mirar mi intrepidez,
cuántos moros he matado!
diez á diez los he aplastado,
no te asustes, diez á diez.
Y sin volver nunca atrás,
valiente como el que más,
puse su vida en un tris;
cogia una daga... y zás!
cogia un mandoble y... zís!
Todo por tí, mi tesoro,
por lo mucho que te quiero,
por decirte sin desdoro
te traigo el oro y el moro,
y anda que te vas, salero.

ISABEL. Diego, mi pecho cobarde
no acierta á decirte claro,
por más que en deseos arde...

DIEGO. Habla, no tengas reparo.

ISABEL. Diego mio!

DIEGO. ¡Qué!

ISABEL. ¡Ya es tarde!

DIEGO. ¿Tarde? Son las tres y media.

ISABEL. Déjame que te despache,
que si Dios no lo remedia
va á haber aquí una tragedia...

DIEGO. Pero qué...

ISABEL. ¡Tarde piache!
DIEGO. ¿Pues qué pasa?
ISABEL. Casi nada.
Que tu dichosa llegada
me dará muerte horrorosa.
DIEGO. Habla, que me da la cosa!
ISABEL. ¡Infeliz! ¡Estoy casada!
DIEGO. Tú... ¡ay, ay!
ISABEL. Tormento horrible!
DIEGO. ¿Tú casada? No es posible.
ISABEL. Ay, sí!
DIEGO. Pues pásalo bien.
(Se va á marchar por la ventana. Se detiene, vuelve al lado de Isabel y le dice:)
¡¡Casada!! pero con quién?
ISABEL Con un hombre! (Llorando.)
DIEGO. ¡Ay! imposible.
Conque es decir que al mirar
que yo tardaba en llegar
y que no tenias carta,
de tanto silencio harta
te cansaste de esperar?
No sabias, pesiatal,
que yo lo pasaba mal,
y á pesar de mi deseo,
me costaria el franqueo
cada dia medio real,
y que no bastan caudales
para pagar sentimientos,
y que en treinta años cabales
son cinco mil cuatrocientos
y sesenta y cinco reales?
ISABEL. ¡Calla!
DIEGO. ¡No!
ISABEL. Calla!
DIEGO. Que no!
ISABEL. Por favor.
DIEGO. ¡Ay!
ISABEL. Calla, tonto.
DIEGO. Ay que tu voz me mató;
y de aquí no salgo yo
sin morirme.

ISABEL. ¿Sí? Pues pronto.
Que mi padre y mi marido
pueden venir.

DIEGO. No vendrán.
Y si vienen, los divido.

ISABEL. Mira que muy cerca estan.

DIEGO. Ah corazon fementido!
¡Ah! traidora ¡ay alevosa!
nada ¡ay de mí! ¡te merezco!

ISABEL. ¡Calla!

DIEGO. No.

ISABEL. Tu voz penosa
me estremece.

DIEGO. ¡Ay! engañosa!

SABEL. Te vas?

DIEGO. ¡No!

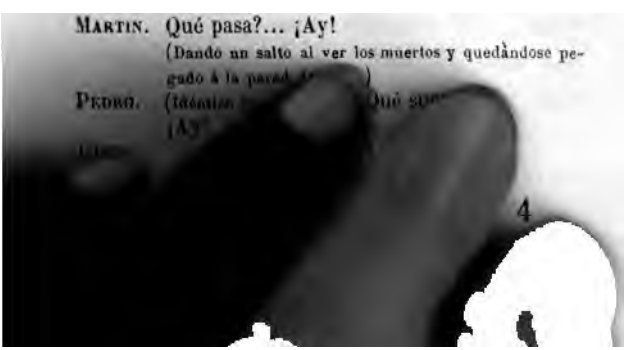
ISABEL. ¡Pues te aborrezco!

DIEGO. ¡Saracataplin, plin, plin!
(Cae muerto. Isabel dice.)

ISABEL. ¡Diego! ¡chist! ¡mira, Dieguito!
¡si se ha muerto! ¡pobrecito!
¡Qué ocurrencia! ¡chist! Dieguin!
Vaya un compromiso; así
mi muerte consigue; oh,
si ahora no me muero yo,
qué van á pensar de mí?
No hay más remedio, y lo haré,
y allá voy; venid corriendo!
venid, que me estoy muriendo!
¡Ay! (Cae.) Se acabó. No hay de qué.

ESCENA ÚLTIMA.

D. MARTIN, D. PEDRO, el NOVIO, CORO.

MARTIN. Qué pasa?... ¡Ay!
(Dando un salto al ver los muertos y quedándose pegado á la pared [illegible])

PEDRO. ([illegible] Qué [illegible]
¡Ay [illegible]